



JORGE F. CATALANO

CHOPIN

EL ESPLENDOR DEL ROMANTICISMO

*
*

1985

© Rolando Diez de Medina, 2008
La Paz - Bolivia

NOTAS

1 8 4 9

1. Chopin, Federico. *Corresp.* Pág. 988, Nº 671. F. Chopin a S. Clésinger, en Guillery. París, jueves, 5 de abril [de 1849].
2. Sand, George. *Corresp.* T. IX, Pág. 219, Nº 4264. G. Sand a Mmme. Grille de Beuzelin en París. Nohant, 19 de julio [de 18]49.
3. Chopin, Federico. *Corresp.* Pág. 1017, Nº 696. F. Chopin a T Woyciechowski, en Karlsbad. París, 20 de agosto de 1849. Square d'Orléans, roe Saint Lazare, 9.
4. Ibid. Pág. 1006, Nº 688 Delfina Potocka a F. Chopin, en París. Sin lugar [Aquisgrán.] 16 [de julio de 1849].
5. Ibid. Pág. 1030, Nº 705. A. Grzymala a A. Leo. [París, 31 de octubre o 1º de noviembre de 1849].
6. Sand, George. *Corresp.* T. IX, Pág. 320, Nº 4332. G. Sand a P.J. Hetzel. [Nohant,] 5 9[bre.] [18]49.
7. Chopin, Federico. *Corresp.* Pág. 1030, Nº 705.
8. Ibid. Págs. 986-987, Nº 669. F. Chopin a S. Clésinger, en Guillery. París, martes, 30 de enero [de 1849]
9. Ibid. Pág. 987, Nº 669.
10. Ibid. Pág. 987, Nº 670. Mme. J. Chopin a su hijo Federico, en París. Varsovia, sin fecha, probablemente a fines de febrero de 1849: "He recibido tu carta del 16 del corriente [...]". Estas palabras confirman la carta de Chopin, hasta hoy extraviada.
11. Ibid. Pág. 988, Nº 670.
12. Ibid.
13. Delacroix, Eugene. *Op. Cit.*, T. I, Pág. 256.
14. Ibid. T. I, Pág. 254. 29-I-1849.
- 14a. *Pierret*, Louis Mammes, amigo de G. Sand.
15. Chopin, Federico. *Corresp.* Pág. 988, Nº 671.
- 15a. Expresión que demuestra el cansancio de Chopin, como quien dice: Todo se acabó para mí.
16. Delacroix, Eugene. *Op. Cit.*, T. I, Pág. 209.
17. Ibid. T. I, Pág. 283. 7 de abril de 1849.
18. Es aconsejable la lectura de las obras de Alfred Cordot y Jean-Jacques Eigeldinger, ya citados en los capítulos correspondientes al estudio y ejecución del piano.
19. Delacroix, Eugene. *Op. Cit.*, T. I, Pág. 286. Miércoles, 11 de abril de 1849.
20. Ibid. T. I, Pág. 288. Sábado. 14 de abril de 1849.
21. Chopin, Federico. *Corresp.* Pág. 989, Nº 672. F. Chopin a S. Clésinger, en Guillery. [París,] viernes, 15 de abril [de 1849].
22. Ibid. Págs. 989-990, Nº 672.

**DEL SILENCIO DE LA MUSICA
A
LA CHISPA DE LA GLORIA**

Yo he llegado al final de mi latín. Estoy ahora con mi cuarto médico (1).

La mayor de las inquietudes de este mundo, es obra de la fatalidad creada por el mundo exterior (2).

[...] tu presencia tendría más valor para mí que todos los remedios (3).

Total, la vida no es más que una inmensa disonancia (4).

Su alma se inundaba de armonía, pero ya carecía de fuerzas para sentarse al piano y para tomar la pluma (5).

He perdido mi buena salud, estoy enferma. Esa muerte me ha afectado profundamente (6).

¿Por qué siendo las obras del hombre inmortales, el genio que las crea tiene que apagarse en los albores de su vida?(7).

¡Qué bueno es reposar cuando el ambiente tibio y aromatizado por la fragancia de las violetas permite que los amigos se encuentren cómodos! Así habría pensado Chopin cuando, obligado al descanso prescrito por el Dr. Roth, dejaba el lecho para arrellenarse en el sillón cercano a la estufa donde ardían los leños. Su organismo sufría los efectos del desarrollo de la enfermedad; sus sentidos se agudizaban y su carácter se irritaba, más aún. El recuerdo de su estada en Londres, Edimburgo y los castillos a donde lo llevaron sus damas escocesas, le parecía cada vez más lejano.

Con la mirada fija en el chisporroteo de los leños, en la soledad de su habitación, debió recordar el calor prodigado por su madre los días de resfrío durante los cuales solía guardar cama en el attillo de la Krakowskie Przedmiescie. Rodeado del afecto de los amigos que lo visitaban, se le hacía más llevadero el silencio de su soledad; despertaba ante la bondadosa sonrisa de la princesa Marcelina Czartoryska; ante el inquieto movimiento de la señorita de Rozières, que ordenaba su habitación, o la tranquila parsimonia de la princesa Obrieskowa, siempre interesada en comentar los sucesos políticos de la ciudad.

Cichowski aparecía de vez en cuando; Franchomme lo tenía al corriente de las novedades musicales; le agradó la decisión de Clésinger de iniciar una nueva escultura, y sintió la ausencia de Grzymala, cuya situación económica empeoraba a diario.

El cambio de médicos fue su mayor preocupación. Estaba seguro de que ninguno de los que hasta entonces lo vieron, reconoció su verdadero mal; disconforme con la atención de los doctores Louis y Roth, insistió a los amigos en la posibilidad de conseguir un homeopata cuya capacidad sea semejante a la de Matus-zynski o a la del Dr. Molin. El hecho de pasar el mes de enero sin miras de mejoría, lo desesperaba, quería rehabilitarse lo más pronto posible, dar rienda suelta a sus nuevas ideas, recuperar fuerzas para tomar la pluma y escribir. Esperaba la primavera confiado en que, para entonces, estaría mejor y podría trabajar. Los amigos se movilizaron hasta conseguir la atención del Dr. Simon, homeópata de renombre que, inmediatamente, dispuso cambios en el tratamiento de su nuevo paciente: varió la dieta; prohibió el café, que reemplazó por el cacao; permitió que se levantase sólo un par de horas, en el transcurso de la tarde; debía caminar lo menos posible, evitar las fatigas y no salir del departamento. El Dr. Simon estaba seguro de que, con este tratamiento, Chopin mejoraría en menos de un mes.

El músico escuchó sus palabras con cierto optimismo; en un principio, las creyó. Pero días después, vio en el doctor Simon a un médico más que experimentaba con él; llegó a la conclusión de que estaba frente a otro fracaso:

Molin poseía el secreto de mejorarme. Durante dos meses vi al doctor Louis, al doctor Roth; ahora me trata el doctor Simon, muy reputado entre los homeopatas; pero tantean y no me alivian. Están todos de acuerdo sobre el clima, la calma, el descanso. El descanso lo tendré algún día sin ellos (8).

A pesar de este juicio sobre sus médicos, siguió estrictamente las prescripciones durante los meses de enero y febrero:

Trataré de escribir mi próxima carta después de haber respirado un sulfato de algo muy gracioso que me recetó el doctor Simon (9).

El jardín del Square d'Orléans se cubría de blanco. Ese silencio sólo era interrumpido por la tos incesante de Chopin. Escribió a su madre(10) para tranquilizarla y anunciarle su mejoría. Como de costumbre, actitud que no asumía con Grzymala, Franchomme o Solange, Chopin disfrazaba para ella la realidad, pero, la señora Justina conocía bien a su hijo. Reconocía y presentía sus sentimientos, delicadezas, alegrías y silencios. Esa intuición madura le sugirió la idea de ayudar económicamente a su hijo. Tal vez con la colaboración de sus yernos Jedrzejewicz y Barcinski, logró reunir el dinero que envió a Federico:

Me imagino que necesitarás un poco de dinero y por lo tanto te mando todo lo que puedo, mil doscientos francos. El bueno de Barcinski te ha de indicar luego lo que debes hacer para no encontrarte necesitado (11).

Mme. Justina elevó una plegaria y deseó para el hijo la compañía de los mejores amigos, ya que ella no podía estar con él:

¡Oh! Cuánto quisiera estar a tu lado para cuidarte como antes, pero como es imposible, debo conformarme con la voluntad del Omnipotente que, en su misericordia, te ha de enviar amigos para reemplazarme. Debes tener fe en Él y conservar tu tranquilidad, mi muy querido(12).

Junto a su hijo estaban los amigos que él necesitaba; ciertamente, sin ellos, Chopin no habría pasado un solo día. La noticia de la enfermedad del músico circulaba en varios centros de la colonia polaca, en la sociedad parisina y su élite, y en el mundo del arte, incluyendo al barón de Stockhausen y al crítico Legouvé.

Atendido por el Dr. Simon, rodeado del afecto de la princesa Marcelina y de Marie de Rozières; cuidado por Daniel, su salud mejoró algo. Desoyó los consejos de su médico y se fue a visitar a Delacroix para retribuirle atenciones. Allí se vio con Grzymala y Alkan. Pasaron la tarde conversando sobre temas musicales especialmente de Juan Sebastián Bach y Beethoven; cambiaron ideas a este respecto y acordaron que, en efecto, Beethoven fue un atormentado de las ideas de Bach (13).

Delacroix se reunía con Chopin. Buscaba al amigo y al artista. Cuanto más prolongadas eran sus reuniones, mayor felicidad sentía el pintor. Delacroix admiraba la calidad humana de Chopin. Tenía la libertad de penetrar en sus sentimientos, cualquiera que fuese el tema que incluyese en sus charlas; una tarde, incluso hablaron de George Sand, pero no por ello Chopin se molestó o cambió de carácter; al contrario en sus respuestas y comentarios demostró tener una visión muy clara de sus sentimientos hacia la mujer con la que viviera durante ocho años:

Esta noche fui a ver a Chopin, ¡Qué hombre! Hemos hablado de la señora Sand, de ese extraño destino, de esa amalgama de cualidades y de vicios. Hablamos a propósito de sus memorias. Me dijo que le será imposible escribirlas. Ella ha olvidado todo, eso: es de una sensibilidad muy esclarecida y olvida pronto. Ha llorado a su viejo amigo Pierret (14ª) y no pensó más en él. Yo le dije que para más adelante veía en ella una vejez desgraciada. Él no lo cree así... Su conciencia no le reprocha nada de lo que le reprochan sus amigos. Tiene buena salud con qué defenderse. Sólo una cosa la afectaría, ésta sería la pérdida de Maurice, o que éste llegase a ser un enfermo.

En cuanto a Chopin, el sufrimiento no le permite interesarse por nada, [...] (14).

Una vez más Chopin tuvo razón. Su visión del futuro de George Sand fue exacta, al anticiparle la paz de su vida en los últimos años.

Franchomme visitaba casi todos los días a Chopin. Se preocupó seriamente por la situación financiera del amigo; los fondos tan penosamente ahorrados en Inglaterra y Escocia se esfumaban rápidamente. Tomó a su cargo el pago de honorarios médicos, los medicamentos y los gastos de mantenimiento del departamento; todo, sin que Chopin se diese cuenta. Como iban las cosas, Franchomme habló con los amigos más allegados. Solicitó préstamos con la mayor reserva. A sugerencia, y luego a instancias de Chopin, reemplazó al doctor Roth por el Dr. Koreff:

Yo he llegado al final de mi latín (15ª). Estoy ahora con mi cuarto médico) me cobra 10 francos por visita; viene hasta dos veces por día, y todo para no aliviarme gran cosa (15).

Ningún médico le satisfacía. Cobraban exageradamente y sus tratamientos no tenían variantes; sin embargo, sabía que no le quedaba más que aceptar y cumplir la medicación y reposo a que estaba obligado. Comentó su desdicha con los amigos que lo visitaban y, por supuesto, en su correspondencia con Solange. Alentó a Clésinger a viajar a Londres y se comprometió a facilitarle la mayor cantidad posible de recomendaciones; hizo cuanto estuvo a su alcance para ayudar a la joven pareja.

A su llegada a París, y como siempre lo hacía, la condesa Potocka dedicó gran parte de sus horas para visitar al maestro-amigo; ninguna visita femenina fue entonces para Chopin más grata. La condesa lo sabía y por eso mismo mantenía esta amistad solidamente. También Delacroix disfrutaba de estas visitas. Admiraba a la condesa y estaba fascinado por su gracia y por su voz:

Vi esta tarde en casa de Chopin a la encantadora señora Potocka. La he escuchado cantar dos veces. No podría decir que haya encontrado algo más completo en todo. Principalmente el primer día) que estuvo todo el mediodía; su vestido de terciopelo negro) su tocado, todo, hasta lo que no veía me la hizo juzgar maravillosa por su belleza, como es ella en efecto, por su gracia (26).

Pocos días después, Delacroix estaba nuevamente de visita en el Square d'Orléans, esta vez, en compañía de Alkan. Todos aprovecharon el sol de la tarde para pasear en carruaje por la avenida de los Campos Elíseos, el Arco de la Estrella y otros lugares, especialmente los cubiertos de jardines y, como de costumbre, hablaron de música. Delacroix anotó en su Diario que este paseo se prolongó durante tres horas y media y que, como nunca, tanto el espíritu como el organismo de Chopin se reconfortaron; hablar con él de música era descubrir cosas nuevas, especialmente si comparaban la obra de otros compositores con las de Bach o Mozart. Chopin tenía sus razones, era preciso escucharlas:

Este último [Beethoven], me dijo, es oscuro y parece faltante de unidad, no se trata de una pretendida originalidad, algo salvaje, de quien se hace honor, cuál es la causa; es que da las espaldas a los principios eternos. Mozart jamás. Cada una de las partes de su recorrido concuerda, los unos con los otros, forman un canto, y lo sé perfectamente: es allí donde se encuentra el contra-punto, punto contrapunto. Me dijo que se tiene la costumbre de aprender armonía antes que el contrapunto, es decir la sucesión de notas igual que si fuesen acordes (17).

Chopin tenía su manera muy peculiar de comprender a los maestros a quienes ponía por ejemplo. Así, acogió la idea de escribir un método para los estudiosos del piano. Sus concepciones nunca estuvieron de acuerdo con el pensamiento de Mickiewicz quien suponía que Chopin perdía su tiempo en obras pequeñas que no producían nada para la Patria y sostenía que sólo la ópera polaca haría de Chopin un verdadero compositor. De algún modo, esta idea concordaba con la de Elsner y Witwicki, pero Chopin estaba cada día más convencido de que sus obras sólo encontraban pleno valor en el piano y sólo para este instrumento componía y por él vivía. Son interesantes, y sin lugar a duda importantes, sus aportes a la ejecución del piano, entre algunos los siguientes: la extensión en la flexibilidad y agilidad de la mano derecha; extensión de la escritura para la mano izquierda; la extensión de los acordes o arpeggios rápidamente repetidos; la emancipación del pulgar permite tocar todas las teclas negras; la superposición del tercer, cuarto y quinto dedos en las fórmulas cromáticas;

la superposición de estos mismos dedos en la sucesión de las terceras; el paso del quinto dedo sobre el pulgar (18).

Días más tarde, siempre con relación a la condesa Delfina Potocka y sus visitas a Chopin, Delacroix anotaba en su *Diario*:

Creo que fue esta tarde que vi nuevamente a la señora Potocka en lo de Chopin. El efecto que produce su voz es admirable. Cantó trozos de Nocturnos y música para piano, de Chopin; entre otros, aquel del Moulin de Nohant [?] que ella arregló por un O Salutaris [?]. Lo hizo admirablemente (19).

La inmediata anotación de Delacroix sobre sus visitas al *Square d'Orléans*, es suficiente para advertir que la enfermedad de Chopin seguía implacable su curso y que el tratamiento seguido por el doctor Koreff no resolvía la situación:

Esta noche estuve en lo de Chopin. Lo encontré muy deprimido, respiraba apenas. Después de algún tiempo, mi presencia lo reanimó. Me dijo que el aburrimiento era su tormento más cruel. Le pregunté si alguna vez sintió ese vacío insoportable que experimento algunas veces. Me respondió que siempre supo ocuparse en cualquier cosa. Por poco importante que ella sea, una ocupación, reemplaza estos momentos y anula estos temores. Otra cosa son las penas (20).

Si Chopin se refirió a las penas fue, sin duda, porque recibió alguna noticia relacionada a George Sand o algo que la recordase. En efecto, al día siguiente, escribía a Solange lamentando que la suerte nunca fuese igual:

Le mando todos mis garabatos para que vea usted que no es pereza, sino debilidad o algo parecido lo que me impide escribirle (21).

El cambio de temperatura, con el comienzo de la primavera, tuvo sus efectos sobre Chopin. Le molestaba absolutamente todo y hasta le preocupaba la situación económica de Clésinger, ya que Solange esperaba familia nuevamente. Debó pensar en la falta de atención de su madre y lamentar no poder ayudarla. Había esperado la primavera, y con ella cambios en su salud, para reiniciar sus lecciones y asistir a los acontecimientos culturales. Se hablaba mucho de la última ópera de Meyerbeer:

[...] espero que el sol de primavera ha de ser mi mejor médico. Es preciso agregar de primavera, pues están preparando un sol en la Opera para el Profeta, que, según dicen, es más maravilloso que el de los trópicos. Sólo se levanta y se queda un instante, pero es tan luminoso que da sombra a todo, salvo a la música. Está hecho con rayos de luz eléctrica. Estaba demasiado enfermo anteayer para asistir al ensayo, pero cuento con ir al estreno que tendrá lugar el lunes próximo. [...] Aproveche el clima de Guillery. París está horrible: treinta y seis distintas clases de tiempo, mucho barro, corrientes de aire en el cuarto. Nada placentero, todo desagradable por el momento (22).

La noche de aquel lunes del estreno, acompañado de Delacroix, Chopin asistió al Teatro de los Italianos para ver la obra con la que pensó pasar un buen momento y escuchar algo nuevo, además disfrutar de los cambios en la música de Meyerbeer. Pero, según aquél, la ópera sólo brilló por los efectos de las luces:

Después de cenar con Chopin, hombre de exquisito corazón, no tengo necesidad de decirlo en cuanto a su espíritu. Me habló de personas que conocí con él. Se arrastró como pudo a la primera representación del Profeta. Se sintió horrorizado por esta rapsodia (23).

Lamentó el sacrificio hecho para asistir a una representación tan pobre. Después, guardó cama. No comentó más la escenografía, ni habló de Paulina Viardot en el desarrollo de la obra; sin embargo, algo de esperanzas le quedaron para aguardar días mejores.

La compañía de los amigos fue un gran aliciente. Pero ya se sentía inútil para tomar la pluma y componer, fue tan débil su estado que no desarrollaba ideas; ellas aparecían entremezcladas con sus inquietudes. ¿Qué haría este verano? Pensaba en el campo, en un clima más benigno, otros espacios, otros aires. ¿Añoró Nohant? Su silencio se hizo más intenso. Delacroix escuchaba sus quejas; las comentaría con Franchomme y éste con la princesa Marcelina Czartoryska o con la princesa Obrieskowa. Quién sabe si ambas buscaron

una solución para mitigar el sufrimiento de Chopin. Él, en varias oportunidades, comentó la sentida necesidad de ver a su hermana Luisa. Como él no podía viajar, insinuaba que lo más conveniente sería que Luisa fuese a París.

Ocupada en sus asuntos familiares, momentáneamente en Würzburg, la antigua ciudad de Baviera; al tanto de la salud y las inquietudes de su maestro, la princesa Marcelina escribió a los suyos en París, para que activasen los trámites en la embajada rusa. Sabía que la única manera de conseguir un permiso de internación para los ciudadanos polacos era acudiendo a los amigos que tuviesen relaciones con personas influyentes. La princesa se valió de la esposa del embajador:

[...] Tienes que ver a la señora Kiseleff, le había rogado que escribiera a Varsovia para solicitar pasaportes para la hermana y el cuñado de Chopin. Pregúntale cómo anda ese asunto y ruégale que no diga nada a nadie, hasta que sepamos el resultado, para que el pobre Chopin no se inquiete sin necesidad. Te mando también una carta (24ª) para Chopin por no tener su dirección actual (24).

Chopin desconocía todo lo que sus amistades hacían por él.

A mediados de mayo, Solange anuncia al amigo que es madre por segunda vez y que, si bien este suceso la alegraba, sufría porque Clésinger había desistido de su anunciado viaje a Londres:

Mi pequeño Chopin:

Hubiera querido comunicarle mi alegría mucho antes, pero estaba tan cansada que no lo pude hacer. Tengo una hija tan grande y tan enorme como chiquita era la otra. No sabría decirle si es fea o bonita: yo la hallo adorable. No podía ser de otra manera. Sólo le puedo asegurar que no es ni jorobada ni coja, y que se siente maravillosamente bien. Sin embargo es mucho menos bonita que la primera. Aquella era demasiado bonita para vivir. [...].

Recibí esta mañana una carta de él [Clésinger] que revela hallarse completamente desilusionado. Habla de volver aquí, sin ir a Londres (25).

Las decisiones de Clésinger inquietaron a Solange, que vio en la actitud de su marido un pretexto para quedarse en París, con el círculo de amigos o volver a Guillery, en plan de prolongadas vacaciones campestres. "—Cuento con usted para que le dé un buen sermón—" (26), pedía Solange, pero, quién sabe si Chopin tuvo la oportunidad de hablar con Clésinger. ¿Presintió la separación de ellos? Su respuesta fue una nota, un lacónico comentario, que difiere mucho de su alegría al nacimiento de la primera Jeanne:

Un amigo desgraciado la bendice y bendice a su niño [a]. Hay que confiar que el futuro le reserve consuelo y favores. Juventud obliga. Es decir que hay que ser absolutamente feliz y conservar buen recuerdo a [de] quienes la quieren (27).

De pronto, Chopin se da cuenta de la pérdida de su juventud, la lucha entre la realidad y sus deseos se repite con insistencia.

Ahora pensaba esperanzado en el verano, seguro de que entonces estaría bien, librado de los sufrimientos que le provocaba la enfermedad. Añadía una preocupación más: las incomodidades que sufría Grzymala. Desesperaba por verlo, sabía que salir de su departamento significaría un esfuerzo supremo, difícil de soportar. Escribió al amigo:

Estoy a tu disposición, pero haces mal si realmente abandonas algo importante. Trataré de ir a ver te a las cinco y tres cuartos, pero no te sorprendas si me atraso medio minuto. En todo caso estaré antes de las seis en tu casa.

*Tu muy fiel
Ch. (28).*

Casi al atardecer, durante las horas en que sentía el tibio aire primaveral, Chopin iba en busca de Grzymala para ayudarlo a encontrar una solución a sus males. Encargó a Cichowski la venta de un reloj (29) con cuyo producto aliviaría la situación económica del amigo a quien buscaba ya la policía:

Querido mío:

Quise tomar un coche para ir a ver te, pero estoy demasiado débil. Hoy a las ocho recibí la visita del comisario de policía que quería averiguar algo sobre Grzymala. Tengo forzosamente que verte y hablar contigo. Hasta hice venir mi coche, pero me faltan las fuerzas para salir. Te suplico por Dios que vengas en coche hasta aquí, antes de pasar al hotel. Mi coche te esperará. Basta que le digas unas palabras a mi inglés Daniel(30).

No obstante atravesar por una mala situación económica, Chopin no dudó en socorrer a su amigo.

La primavera en la que tanto confió Chopin trajo consigo la propagación del cólera.

Las elecciones del 13 de mayo, que debieron desarrollarse normalmente, sufrieron la presencia de una Asamblea Legislativa hostil a la República; lo que provocó un nuevo movimiento revolucionario, creciente en París.

LA COLINA DE CHAILLOT

Los amigos consiguieron para Chopin un departamento amplio, cómodamente amoblado, a fin de que pasara allí la temporada de verano y dejaron a su voluntad el que cerrase o devolviese el departamento del *Square d'Orléans*. El cambio de departamento despertó en él un estado de alegría infantil que contagió a sus amigos, principalmente a Franchomme quien lo acompañó en el coche al edificio N° 74, rue Chaillot (31), del distrito de Passy. La princesa Obriesskowa consiguió que la señora Lasserre, propietaria de la casa, alquilase a Chopin el amplísimo departamento elegido, cuyo salón tenía cinco ventanas desde las cuales podía divisarse gran parte de París: las *Tullerías*, *Saint Germain*, *Notre Dame*, el *Panthéon*, *Saint Sulpice* y *los Inválidos*; a pocas cuadras, el Sena y, muy próximo, el inmenso Bosque de Bolonia Cyprian Norwid describió la casa y sus paseos con el amigo:

[...] Federico Chopin habitaba en la rue de Chaillot. Esa calle que sale subiendo de los Champs Elysées tenía a la izquierda una hilera de casas, cuyo primer piso daba sobre los jardines y desde los cuales divisábamos la cúpula del Panteón y todo París. También se veía todo eso desde el departamento de Chopin. Comprendía como pieza principal una amplia sala de dos ventanas, en la cual se encontraba el inmortal piano. Era en esta sala donde Chopin tomaba su colación a las cinco de la tarde; bajaba después lo mejor que podía la escalera, para dar una vuelta en coche por el Bois de Boulogne, y al regreso lo subían hasta su departamento, pues hubiese sido incapaz de hacerlo solo. Comía a menudo con él y lo acompañaba en su paseo (32).

Norwid había llegado a París hacía algunas semanas. En cuanto supo dónde se encontraba el amigo, fue a buscarlo. Desde entonces, sus visitas fueron permanentes, salía a pasear con él y lo acompañaba en sus tardes del mejor modo posible. En otras oportunidades, se reunía en Chaillot con la princesa Obriesskowa y la princesa Marcelina; Jane Stirling y Katherine Erskine, sus damas inglesas, como Chopin las llamaba entonces; Marie de Rozieres, Delacroix y Franchomme. Por las noches, Chopin comprobaba que su salud desmejoraba. Daniel le ayudaba a bajar las escaleras y lo subía en brazos. La princesa Czartoryska, consiguió que la señora Matuszewska, que había sido su niñera, se ocupase del enfermo durante las noches. Por su parte, la princesa Obriesskowa cubrió parte del alquiler del departamento, la renta ascendía a 400 francos, suma imposible de pagar con la economía de Chopin; se le dijo que era de 200 francos. Los otros doscientos fueron pagados, en completo secreto.

Instalado, y relativamente tranquilo en su nuevo departamento, sólo faltaba que el doctor Fraenkel devolviera la salud al enfermo y le permitiese hacer un corto viaje a algún lugar de aguas termales para recuperarse y disipar sus inquietudes, pues, aunque no hacía un mes de su traslado, ya deseaba regresar al *Square d'Orléans*:

Ni siquiera pude lograr que me contestara mi doctor Fraenkel si me convendría ir a unas termas o al mediodía. Me quitó nuevamente la tisana y me dio otro remedio; pero no lo quiero y cuando le pregunto qué cuidados de higiene necesitaría contesta que no es menester llevar una vida ordenada. En una palabra: está mal de la cabeza.

Bromas aparte; quizá sea un buen médico en cuanto a diagnóstico, como por ejemplo Koreff, pero sus ideas no tienen suite, exactamente como Koreff (33).

Los paseos por los alrededores de Passy y el Bosque de Bolonia, le cansaban. Desconfiaba de la atención del Dr. Fraenkel. Tosía menos, pero los ahogos lo atormentaban de noche. Se propuso escribir. Probablemente fue en Chaillot que tomó en sus manos aquel Vals en si mayor aún inconcluso pero que ya lo tenía dedicado a Katherine Erskine. Inició una *Mazurka* (34). Coordinó sus ideas para crear un método para piano, aquél que meses atrás comentara con Delacroix, lo llamaría *Méthode des Méthodes* (35), pero le faltaron fuerzas para continuar la obra. "Un sonido abstracto no hace la música, como una palabra no hace la lengua", escribió en sus observaciones para los estudiosos; frase aplicable a sí mismo: un fragmento de salud no hace la vida. Los días pasaban y Chopin no avanzaba en su obra. Es doloroso detener la mirada en las pocas páginas de este Método (36). Al tomar una página al azar, la número X; de veinticinco líneas entre tachaduras y borrones se cuentan veintiuna (37). Su férrea voluntad y perseverancia se sobrepusieron a la enfermedad. Un día, que se sentía mal y lo visitaron Alkan y Reber les entregó los apuntes del futuro *Méthode des Méthodes*, ya sea para que lo concluyesen o porque a ellos les habría de servir (38).

Pasaron siete meses desde su retorno de Londres y, si bien tuvo algunas semanas de mejoría, en cambio tuvo otras de grave recaída. Pero ni entonces ni ahora se siente con fuerzas suficientes como para soportar la agotadora tarea de dar lecciones. No las dio. Sólo el ansia de proseguir su obra no había menguado. Escribió poco y rompió mucho.

En diferentes y ocultos parajes, Grzymala recibía noticias del amigo. De las cartas escritas durante estos últimos meses, la segunda en extensión fue la dirigida a él, es un resumen de sucesos, sentimientos y reacciones. Grzymala representaba para Chopin lo que Tytus durante su juventud:

¿Cómo estás? Me imagino que el campo te hará bien, por lo menos físicamente. No salgo, excepto para ir a veces en coche al bosque de Boulogne. Me siento más fuerte, pues me alimento mejor y he dejado de lado los medicamentos. Pero sigo sofocado y toso como de costumbre, sólo que lo soporto mejor. Aún no he empezado a tocar y no puedo componer. Si sigo así no sé cómo me las arreglaré para comer. Todo el mundo se va: unos por miedo al cólera, otros por temor a la revolución. El susto hizo que la señorita de Rozières se fuera a Versalles, pero ya está de vuelta. Mis inglesas están en Saint-Germain. Hace tiempo que no veo a Potocka; está en Versalles. Hace dos semanas que estoy sin enfermera. La princesa [Anna] Czartoryska vino a verme. Como no quería que me quedara solo de noche me mandó a la señora Matuszewska, aquella mujer que había sido niñera en casa de la princesa Rosa [Czartoryska]. También me visitó el príncipe [Adam] Czartoryski y me pidió noticias tuyas. No sé si le dijiste a alguien que estabas en las termas, pero no sabiéndolo dije que estabas en el campo, y me contestó que le habían dicho que estabas en las termas. Kalkbrenner ha muerto; falleció en Versalles el hijo mayor de De la Roche. Una muy buena sirvienta de Franchomme ha muerto. En el Cours d'Orléans no se produjo ninguna muerte (39).

No obstante las inquietantes noticias relativas a la epidemia del cólera, ningún temor tuvo de ser atacado por él. Sus expresiones en tomo al *Square d'Orléans*, no son sino una burla suya a la enfermedad que no tocará a las puertas de su departamento; demasiado bien conocía el mal que acabaría con su vida. Su lógica es sarcástica, con la misma lógica que vio llegado su fin en Escocia, presentía que no era este su momento por más que anticipase su regreso al *Square d'Orléans*, departamento donde no encontraría los sauces mazovianos comentados a Fontana. Continúa la carta:

Únicamente el pequeño Etienne estuvo gravísimo. En este momento acaban de llegar mis escocesas. Entre las noticias que me traen me dijeron que el duque de Noailles está mejor, a lo que contesté que el rey Alberto había muerto en Lisboa. Me harán morir de fastidio. A fines de mes dejo mi departamento y vuelvo al Square; pues no puedo arreglarme de otra manera. Cachet ha vuelto. [...] Vino a visitarme la señorita Lind; cantó una noche en mi casa. Estaban presentes las señoras Potocka, Beauveau, Rothschild. La señorita Lind ya volvió a Suecia vía Hamburgo. La señora Catalani, a quien ella conoció aquí en la víspera de su partida, ha muerto del cólera (40).

Mientras sus damas escocesas, lo perseguían nuevamente con sus recuerdos de los castillos de Escocia, le alegró la visita de Jenny Lind. Su comentario es escueto, sus frases brevísimas. La muerte de la señora Catalani lo ha anonadado. No dejaría de recordar que, años atrás, en el suelo patrio, ella elogió su toque y le obsequió el reloj que marcaba las horas de su vida en el mundo del arte. Sólo vale la amistad, la presencia de los amigos fue para él tan importante como su salud. Chopin se fijaba en cada uno de ellos, los que salían de París, los que vivían lejos de Chaillot, los que quizá lo olvidaron:

He visto una sola vez a Cichowski, como te lo había escrito. Vivo lejos de la ciudad, y sólo los que me quieren mucho, como por ejemplo Franchomme o los que tienen a personas queridas en la vecindad, como por ejemplo los príncipes Czartoryski, vienen a veces a verme. Hoy también vino Pleyel. Es muy bueno. No he visto a Gutmann, pese a todo su corazón, desde hace diez días. Me preocupaba, pensaba que pudiera estar enfermo. Ya la epidemia disminuye en la ciudad. Delacroix está en el campo desde hace una semana. Mándame noticias tuyas. Te abrazo cordialmente.

Tu
Ch.(41).

La epidemia pasaba después de haber cobrado sus víctimas. Él estaba a salvo, pero presentía que no por mucho tiempo. Ni los paseos por los verdes prados y arboledas del Bosque de Bolonia, por los jardines floridos de los Campos Elíseos que tenía a su alcance ni las indicaciones y medicación del Dr. Fraenkel, o la mejora en su alimentación fueron suficientes para detener la enfermedad o aminorar los dolores. Una tarde, el Dr. Fraenkel no apareció más. De noche, acompañado por la señora Matuszewska, quien de vez en cuando dejaba la silla para atenderlo en su lecho de enfermo, a través de una de las ventanas, siempre entreabiertas, Chopin podía escuchar el susurro de la brisa. Pensaba en los suyos. Nunca dejó de hacerla. Escribió a su madre (42). Los accesos de tos volvieron con mayor intensidad que en Londres. En su desgarrada garganta, se multiplicaban los gruesos coágulos de sangre que antecedían a hemorragias difícilmente superables ya con los medicamentos que tenía a su alcance, ya con el limón y hielo. No obstante esta recaída, insistió en cumplir su deseo de regresar al *Square d'Orléans*:

Aquí todos se van. No he visto desde hace diez días ni a la señora Potocka ni a la princesa de Beauveau. Están en Versalles. Tuve anoche dos hemorragias, pero no hice nada y sigo escupiendo sangre, aunque mucho menos. A ello se debe que la princesa Sapieha viniera a mi casa, pues la polaca que me cuida [Matuszewska] se lo dijo. Hace una semana que mi judío Fraenkel no viene. [...]. Librado a mí mismo, tal vez consiga mejorarme más pronto. Regresaré probablemente al Square el mes próximo [...].

Termino, porque escribir, aun a ti, se ha convertido para mí en un suplicio. Es imposible relatarte tantas cosas (43).

Tres días transcurrieron desde su última carta a Grzymala. Permaneció en cama para recuperarse un poco, pero los desgarres nocturnos y la hemoptisis continuaba su curso interminable. Reconoció que se sentía mal y que precisaba atención. Escribió a su hermana Luisa pidiéndole que viajase a París. Pensaba en convalecer pronto para trabajar y poder pagar los gastos del viaje de Luisa.

¡Cuántas esperanzas! Ofrecía lo poco que tenía o estaba a su alcance. Agrandaba las imágenes, transformaba sus paisajes. París, con Luisa, sería tranquilo y hermoso; no había en toda la ciudad un departamento mejor que el suyo, Luisa y Calasante tendrían la mejor atención; para el cuñado, una feria agrícola y excelentes cigarros. En esta carta surgen sonrisas, perspectivas y seguridades sólo alcanzables con la presencia de los familiares. Chopin tenía certeza de que su enfermedad no era la diagnosticada por los médicos (44). Con cuánta premura y emoción escribiría Chopin esta carta para concluirla en dos días, esta fue la más extensa que escribió en el año:

Vida mía:

Si podéis hacerlo, venid. Estoy débil y ningún médico me hará tanto bien como vosotros. Si os falta dinero, pedidlo prestado. Si mejoro, lo ganaré fácilmente para devolverlo a quien os lo haya prestado, pero ahora estoy demasiado pobre para mandaros algo. Mi departamento aquí, en Chaillot, es lo bastante amplio como para alojaros hasta con los niños. Bajo todos los aspectos la pequeña Ludka aprovecharía su tiempo. Calasante, el padre, andaría corriendo todo el día —hay una exposición agrícola al lado—, en una palabra gozaría de más tiempo que la otra vez, porque estoy peor y me quedaría más en casa con Luisa.

Mis amigos y todas las personas que me quieren bien opinan que el mejor remedio para mí sería la llegada de Luisa, como probablemente Luisa se enterará por la carta de la señora Obreskoff. Ocupáos, pues, de las diligencias necesarias para obtener los pasaportes, como me lo dijeron hoy dos personas, una del norte y otra del sur (45ª), que no conocen a Luisa, que haría bien no sólo a mí sino también a mi hermana. Así, pues, venid, madre Luisa e hija Luisa, con el dedal y agujas de tejer; os daré pañuelos para bordar y calcetines para tejerme y pasaréis aquí gozando del buen aire, unos meses con el viejo hermano y tío. También el viaje es más fácil ahora. No se necesita mucho equipaje. Nos arreglaremos aquí tan económicamente como sea posible. No os faltará ni techo ni comida. Si a veces a Calasante le resultara demasiado largo el trayecto de los Champs Elysées a la ciudad, podría pernoctar en mi departamento del Square d'Orléans. Los ómnibus vienen del mismo Square d'Orléans hasta la puerta de aquí. No sé yo mismo por qué deseo tanto tener a Luisa a mi lado, es como un antojo de mujer encinta. Estoy convencido de que resultará muy bueno también para ella. Espero que el consejo de familia me la mandará; quién sabe si no la volveré a acompañar luego, si me repongo. Entonces sí que nos abrazaremos todos, como ya os he escrito, y todavía sin pelucas y con dientes. Siempre la mujer debe obediencia a su marido; es, pues, al marido a quien tengo que rogar traiga a su mujer, de modo que le ruego mucho hacerla, y si lo considera bien no podría causarnos mayor placer tanto a ella como a mí, y también a los niños; si trae a uno no dudo que será a su hija. Se ha de gastar dinero, es verdad pero no se podrá gastarlo mejor ni viajar más económicamente. Una vez aquí tendrán techo. La señora Obreskoff, que tuvo la amabilidad de querer escribiros (le di la dirección de Luisa), quizá os convenza más fácilmente. La señorita de Rozières también agregará unas palabras, y Cochet también lo haría pues, sin duda, no me encontró muy sano. Ya hace días que su Esculpio [el Dr. Fraenkel] no aparece por aquí; por fin se dio cuenta de que hay algo que sobrepasa a su ciencia. No obstante alabarlo mucho en presencia de nuestra vecina y de las otras personas que lo conocen, y declarad que me mejoró mucho, porque tengo tal naturaleza que basta que me mejore un poco para estar contento(45b); y que todos opinan que ha curado a mucha gente del cólera (45c).

El cólera ha menguado mucho, ya casi no existe. Hoy el tiempo es hermoso, estoy sentado en la sala y admiro el panorama de París; la Torre, las Tullerías, la Cámara, Saint-Germain l'Auxerrois, Saint Etienne du Mont, Notre Dame, el Panteón, Saint Sulpice, Val-de-Grace, los Inválidos, a través de mis cinco ventanas y sólo jardines nos separan. Lo veréis cuando vengáis. Ahora tenéis que apresuraras para los pasaportes y el dinero, pero con cuidado. Escribidme unas líneas. También los cipreses tienen sus caprichos (45d): el mío es teneros hoy aquí. Quizá permita Dios que todo ande bien, y si Dios no nos favorece, obrad como si lo permitiese (45e). Tengo buenas esperanzas porque raras veces pido algo, y también me hubiera abstenido de pedirlo eso, si no hubiera sido empujado a ello por todos los que me quieren bien. Muévete, señor Calasante, y como compensación te daré un excelente cigarro. Conozco a alguien que los fuma famosos, n. b., en el jardín (45f). Espero que mi carta haya llegado para el santo de mamá y que no haya sentido demasiado mi ausencia. No quiero pensar en todo ello porque me da fiebre, y gracias a Dios no tengo, lo que desconcierta e irrita a todos los médicos (45g).

Vuestro fiel hermano aunque débil

Ch. (45).

El corazón de Chopin se alivió de angustias al concluir esta carta. Confiaba en que su madre apoyaría su pedido, él haría cuanto estuviese de su parte para hacer realidad este viaje. Por el momento, se dedicó a definir la situación económica de Grzymala. Pidió a Cichowski que se preocupara del asunto. Una vez más, Chopin no pedía para él, pero sí para el amigo:

Querido mío:

Alberto me ha escrito unas líneas y me ruega recordarte la venta de su reloj, que si se atrasa puede, según me escribe, causarle muchos inconvenientes. Te escribo porque Chaillot no se encuentra en el camino a la Isla y porque, además, no puedo salir de mi cuarto (46).

Chichowski atendió el pedido del amigo, conversó con Orda y este con un sastre quien demostraba interés en adquirir el reloj. Chopin quiso visitar a Grzymala, pero los cambios ocurridos en su enfermedad no se lo permitieron:

Vida mía:

Cichowski estuvo ayer aquí, por segunda vez desde tu partida (47ª) (le había escrito acerca del reloj); me dijo que ya había entregado la carta a arda y que tratará de apresurar el asunto en lo posible., El sastre aceptó el acuerdo. También me dijo que la señora Plichta se va a casa, que él te lo ha escrito, como también te informó que mi hermana vendrá aquí, lo cual no es exacto porque pienso escribir a casa recién hoy sobre eso. Pero ya conoces la clase de noticias que difunde. La señora Potocka, siempre en Versailles, saldrá para Dieppe, donde está el señor Beauveau. Delacroix está en el campo. Gutmann en Londres (de incógnito), como si tuviera dinero de sobra. Las inglesas (47b) en Saint Germain. La señora Obreskoff también. Me alegro que hayas recibido noticias de tu hijo, pues Cachet no pudo verlo. Hace ya dos semanas que Frenkel no viene. Desde anteayer no escupo más sangre ya mis piernas no están hinchadas (47c), pero sigo sintiéndome muy débil y perezoso; no puedo caminar, pierdo el aliento. ¡Ah tus escaleras! Siento no verte, pero, prefiero que estés por ahora en el campo, por aquí la vida es de lo más aburrida y no hay nadie (47).

La desaparición del Dr. Fraenkel preocupó a Chopin, que no sabía qué medicación seguir. Solange le ofreció pasar una temporada en Guillery (48), pero rechazó la invitación; en cambio, se aferró a la esperanza de la llegada de los Jedrzejewicz:

Gracias por su buena carta. He recibido unas líneas del señor Bouscinat de acuerdo con las órdenes de usted para mi coche, pero un reciente vómito de sangre cambia momentáneamente mis proyectos de viaje. Es posible que el emperador [Mikolaj I], actualmente en Varsovia, conceda a mi hermana un permiso para venir a verme; sólo entonces, luego de un prolijo examen, sabré si debo dejar París o si es menester quedarme por no estar más en condiciones de soportar prolongados viajes (49).

No hay oportunidad en que Chopin no demuestre que sus últimas esperanzas están cifradas en la llegada de su hermana. La enfermedad seguía una curva caprichosa, la misma que en sus inicios sentía ya Delacroix. Cuando Chopin reconoce que por no estar más en condiciones, se quedará en París, es que se da cuenta de que su mal está muy avanzado. Le faltan fuerzas, pero las obtiene de la nada para mantener su correspondencia. No le importaba lo que sucediese después. Creó su mundo alrededor de la pequeña Jeanne, la hija de Solange, y como si viese la influencia de la abuela-niña, continuó su carta:

Me imagino a su hijita, cabezona, risueña, chillona, alborotadora, babeando, mordiendo y todo lo demás. Debe ser muy divertido verlas a ustedes dos juntas. ¿Cuándo le enseñará a montar a caballo? (50).

Ese cariz de amor y de bondad, quién sabe cuántas veces vivido con la pequeña Solange en Nohant, volcaba Chopin con sencillas palabras, fue el sueño perfilado con el que encubría sus sentimientos para revivir el pasado, no obstante, en ese mismo pasado existía siempre un sentido de angustia:

Reina la miseria y la suciedad, y se ven rostros que no parecen pertenecer a este mundo (51).

Chopin volvía la mirada al pasado. El París que describió fue el mismo París que conoció cuando llegó la primera vez (52). Durante las crisis de su enfermedad, sus visiones retrospectivas se repitieron continuamente. ¿Cuál la causa? Indudablemente, la madurez del *zalismo* y el silencio profundo de su intimismo. Si Chopin se preocupó por la desaparición del Dr. Fraenkel, es de imaginar la inquietud de los amigos que lo visitaban no sin ver cómo empeoraba; consiguieron que lo atendiese el Dr. Cruveilhier. Chopin se quejó y le fastidió que el nuevo galeno lo tratase con recetas para tuberculosos:

Estoy muy débil, vida mía. Tengo algo parecido a diarrea. Ayer consulté a Cruveille [Cruveilhier], quien no me recetó nada pero me recomendó que me quedara tranquilo. Me dijo que si en tiempos de Molin la homeopatía me daba buenos resultados, era porque no abusaba de los medicamentos y dejaba que obrara la naturaleza. Pero veo que me considera también como fístico, pues me recetó una cucharadita de café de un remedio que contiene liquen (53).

Chopin jamás admitió que estaba atacado por esta enfermedad. Antes de su viaje a Mallorca, el Dr. Gaubert le había asegurado que, con el cambio de clima, el reposo y la buena alimentación, no tendría por qué preocuparse; sin embargo, ilusionado, atribuyó su malestar a las lluvias y los cambios de temperatura. También el Dr. Papet, en el verano de 1839, aseguró a George Sand que Chopin no tenía indicios de tuberculosis, pero en el verano de 1846, el músico-poeta descubrió, con horror, que transpiraba. En esa oportunidad, atribuyó el hecho al excesivo calor de la temporada. Según Chopin, el tratamiento del Dr. Molin le servía para fortalecer sus pulmones y evitar los continuos resfríos; el Dr. Mallan lo atendió en Londres y tampoco le dijo que era tuberculoso. El Dr. J. Clark, sin decir una sola palabra, lo desahució. 'Cuando escribió a Matuszynski: Estamos hechos de la *misma arcilla*, fue porque según él, los dos eran delicados de salud. Finalmente aseguró para sí mismo que todos estaban equivocados, que no había otro como el Dr. Molin y que, si no reconocían su mal era porque su ciencia era deficiente (54).

En el transcurso de los días, Chopin sintió que la neuralgia —uno de los nombres que puso a su mal—, iba en aumento, de tal manera que apenas podía tocar. Cuando se sentaba al piano, lo hacía para preludear brevemente, pues se agitaba en contados minutos. Si, acomodado en su sillón escribía alguna carta, repentinamente, le relación entre su voluntad y las menguadas fuerzas de su organismo, lo enervaban obligándole a borronear; entonces, lo más importante para él era estar siempre ocupado en cualquier cosa. Pensaba en el traslado a su antiguo departamento; para ello, sólo esperaba la llegada de su hermana Luisa. Se esforzó por alentar a Grzymala:

Aún no recibí noticias de mi hermana. Me quedaré todavía este mes, pero si mi hermana no viene, me mudaré de aquí porque todo esto me resulta demasiado caro (55ª). Cada día toco menos; no puedo componer nada.

Adiós. Sigue trabajando en tu folleto; no te dejes aplastar ni por la miseria ni por el aburrimiento. Ya aguantaste tanto que Dios te concederá fuerzas para lo demás (55).

La condesa Potocka, desde Aquisgrán, preguntaba por su salud:

Querido señor Chopin:

No te fastidiaré con una larga carta, tampoco quiero quedarme más tiempo sin noticias de tu salud y de tus proyectos para el porvenir. No me escribas personalmente, pero pídele a la señora Etienne o a la buena abuelita (56ª), que siempre sueña con sus chuletas, que me comunique cómo siguen tus fuerzas, tu pecho, tus ahogos, etc. Sería preciso pensar seriamente en Niza para el invierno. La mujer de Augusto Potocki me escribió que tratará por todos los medios de conseguir el permiso para la señora Jedrzejewicz, pero que las dificultades son muy grandes en nuestro desdichado país. Me causa pena pensar que te encuentras tan solo en la enfermedad y en la tristeza; te ruego escribirme unas pocas palabras a Aquisgrán, Poste Restante. Quisiera también saber algo de aquel judío, si lo viste y si te sirvió de algo (56b). Mi tiempo, aquí, pasa triste y aburrido, pero la vida se está poniendo igual para mí en cualquier lugar. Ojalá no tenga que aguantar todavía peores pruebas y disgustos. Ya tengo de sobra con lo que tuve que aguantar.

Tampoco he tenido yo suerte en el mundo... Todas las personas a quienes ayudé me pagaron con ingratitud y tribulaciones (56c). Total, la vida no es más que una inmensa disonancia. Que Dios te bendiga, querido Chopin. Hasta la vista; a más tardar a principios de octubre (56).

Esta carta desvirtúa muchas conjeturas sobre presuntas relaciones amorosas de la condesa Delfina Potocka y Federico Chopin. Hubo entre ellos, sí afecto y amistad hechos a toda prueba. Por intermedio de sus relaciones, la condesa insistía en conseguir pasaportes para los familiares del amigo. Chopin estaba esperanzado y su optimismo crecía cada vez que recibía noticias relacionadas con la llegada de Luisa; la presencia de la hermana le interesaba más que pensar en el próximo invierno.

"NI ACUSACIONES NI JUSTIFICACIONES"

Entre las amistades que no conocían a Chopin sino superficialmente, surgió una que pertenecía al grupo de George Sand: la señora Grille de Beuzelin, había trabado amistad con la escritora hacía un par de años (57). Más amiga de Marie de Rozières y Solange que de George Sand, es posible que fuese de Rozières quien sugiriese esta carta, en la esperanza o seguridad de que George Sand se interesara por la salud de Chopin y que saldría de Nohant portadora de su palabra de aliento para aquél a quien mencionaba aún como hijo suyo (58); el propósito de la carta fue plausible por su sinceridad:

Por la presente, me permito dar un paso que podrá parecerle extraño y que le ruego perdonar. Con toda seguridad; ya no recordará usted mi nombre: una relación de ambas le había hablado de mí (59^a) y poseo dos libros suyos que usted me dio en aquella oportunidad. Soy incapaz de expresarle todo lo que su amable talento me había hecho experimentar y con qué sentimiento natural estaba interesada en conocer algo de usted.

Esta presentación mía sólo tiene por objeto decirle que estoy informada de su larga amistad con un hombre eminente, gravemente enfermo, y creo no estar equivocada al manifestarle que él la echa dolorosamente de menos (59^b). En el grave estado de salud en que se encuentra, si por acaso llegara al último término de sus sufrimientos y que, al ignorarlo, Señora, no le dieran un testimonio de un recuerdo, lo lamentaría usted sin duda y puede ser que él muriera en la desesperación. Me animo a escribirle estas líneas, señora, y le ruego tenga la seguridad de que nadie en el mundo sabrá que se las he dirigido.

Reciba, señora, la expresión de mi deseo de no incurrir en su desaprobación, rogándole al mismo tiempo que no informe a nadie de esta carta (59).

Chopin, parco como era en exteriorizar sus sentimientos, pudo haberse confiado a la condesa Potocka y quizá a la princesa Marcelina Czartoryska. Sus confidencias con Grzymala están demostradas en su correspondencia. Con Delacroix la forma de relación está expresada en el *Diario* del pintor. También pudieron participar de los sentimientos del maestro Solange y Mane de Rozières. En cambio es dudoso que Mme. Grille de Beuzelin hubiera escrito por sí misma la carta anterior, sin la influencia o sugerencias de Solange o Marie de Rozières. En esa época se acostumbraba hablar a nombre de otra persona sin mencionarla, sobre todo cuando se trataba de una intriga. Quizá por ello, avezada lectora, George Sand intuyó lo que ocurría y que su eventual amiga no conocía personalmente a Chopin (60), que tampoco sabía cómo se desarrollaron los hechos previos al rompimiento; así sacó la conclusión de que Mme. Grille de Beuzelin no escribió esta carta por su propia voluntad sino que fue aconsejada. Segura de sus deducciones, respondió:

Señora

Aprecio el entendimiento que le dictó dar este paso. No podía haber otro en un corazón maternal destrozado (61^a) y le respondo con toda confianza. Pero ¿qué puedo hacer señora por el alivio del desdichado amigo de quien me habla? Estoy obligada a vivir donde me encuentro y, aunque nuestras relaciones no hubiesen sido rotas voluntariamente} de una y otra parte, las circunstancias nos habrían separado inevitablemente. Una parcialidad extrema por uno de mis hijos había enajenado al otro y, según yo, éste último no tenía la culpa. Las cosas llegaron a tal punto que me obligaron a elegir entre mi hijo y mi amigo. Creo que usted habría hecho lo que yo hice (61).

El pregonado amor maternal de George Sand, dividido hacía tiempo, se presentaba de nuevo, pero primero estaba ella; luego, Maurice y, enseguida, quien viniese. Si las primeras discusiones con su conciencia surgieron del antagonismo Maurice-Solange, después, como antes del matrimonio de Solange, su principal problema fue la relación Maurice-Federico. Cuando protegía a Maurice, olvidaba a Solange quien quedaba abandonada a sus propios caprichos. Favoreció a Augustine y la puso a la par de Solange. El beneficiario fue siempre Maurice. ¿Cómo amparar a Chopin? Imposible, las circunstancias familiares no se lo permitían. Para George Sand, Chopin dejó de ser *l'ange*, a quien convertiría en *l'ami* sin derechos en el hogar, entonces, es lógico que, antes que al amigo, George Sand prefiriese al hijo. Esta preferencia enmarcó los sucesos del verano-otoño de 1846. Lo pensara o no, George Sand borró su imagen de mujer amada y madre cariñosa. La carta continúa:

Este es el fondo del asunto que lanzó algo de amargura y mucho dolor en nuestra separación. Pero, un poco antes o un poco más tarde, mis estadas en París debían acabar con mis recursos y con los de mi amigo, en la lucha con sus fuerzas. No fue sino temblando que lo tuve lejos del auxilio de los grandes médicos, y en una residencia que a él mismo desagradaba; y no lo disimulaba, puesto que nos abandonaba los primeros días del otoño para no volver sino lo más tarde posible, a principios del verano (62).

George Sand no comprendió el comportamiento de Chopin. Enfermo, sufrido, nervioso, cuanto hacía en medio de esa familia, era normal aunque a ella le pareciese lo contrario. Chopin vivía íntimamente sus momentos dedicados a la creación. Padecía y vibraba en el perfeccionamiento de su obra; en cambio, la creatividad de George Sand estaba aprisionada por una serie de factores propios y otros relacionados con el mundo social y político que la absorbían. Su vida respondía a un cálculo frío, pero a la vez influido por la constante llamada amor (63), Chopin no sabía que era observado, vivía —al menos así lo creyó— libre; entraba y salía de Nohant cuando lo sentía necesario. La inestabilidad de su carácter devino en variabilidad de sus reacciones. George Sand lo sabía, ¿por qué molestarse? Chopin llegaba a Nohant generalmente en mayo o junio y partía de vuelta a París entre octubre y noviembre, salvo algunas veces en las que se vio obligado a dejar Nohant, a raíz del viaje de Fontana, en medio verano, para atender sus asuntos con los editores. También George Sand hizo excursiones cuando quiso y se quedó en Nohant algunos inviernos, aunque sabía que Chopin no podía pasar el invierno allí. La escritora amplía detalles:

Mis cuidados le fueron útiles durante mucho tiempo, y nunca le faltaron 64a. Luego resultaron ser insuficientes, y peor que eso: nocivos, después que la paz interior fue perturbada. El mejor médico y al mismo tiempo el mejor amigo que tenía en este país (64b) me aconsejaba, después de mucho tiempo, aflojar los lazos de esta amistad hasta que dejasen de ser lazos (64c), "Desde entonces, me preocupé y ya no dependía de mí que eso acabase sin una sacudida! Pero, con un organismo tan nervioso como el suyo, con un carácter tan extraño, tan desdichado (no obstante ser de carácter noble), no hubo manera y yo misma, llegué a perder la paciencia ante la presencia de injusticias inexplicables (64).

En *Lucrezia Floriani* y, nueve años más tarde, en *Histoire de ma vie*, los conceptos son bastante diferentes; en la primera describió a un príncipe dulce, sensible, exquisito, aunque después agregara que ese príncipe tenía un carácter sui generis. En la segunda, repitió: "Acepté la vida de Chopin tal cual, aun cuando continuaba separada de la mía [...]". "Yo respeté su individualidad, como respeté la de Delacroix y la de mis otros amigos [...]" (65). ¿Por qué las quejas de hoy? En los inicios de su amistad, la condesa d'Agoult le dijo que sólo la tos era permanente en Chopin, suficiente indicio de que estaba permanentemente enfermo. ¿Por qué insistió en la mediación de Grzymala? Pasó la primera luna, conoció la realidad en Mallorca y allí, antes de llegar a Nohant, se comprometió consigo misma a cuidar a su ange; sin embargo, esa ternura maternal, ese esmero y cuidado de *garde-malade* no fueron suficientes para aplacar el innato deseo de amar que ya no podía satisfacer con Chopin. Esta fue la consulta al Dr. Papet y esta la queja a la Sra. Grille de Beuzelin (66). George Sand tuvo necesidad de hacer aclaraciones:

Estas no son ni acusaciones, ni justificaciones, señora, poco podría interesarle eso, y por otra parte, tampoco me siento en la necesidad de justificarme por nada ni de lo que sea, ni de acusar inútilmente. La mayor de las injusticias de este mundo, es obra de la fatalidad creada por el mundo exterior. Pero me da usted un consejo, estaría bien que le explicara cuál es la situación que la preocupa, a fin de aliviarla en cuanto se refiere al enfermo y por su interés.

Si la hubiese elegido como juez en el momento de la ruptura, y si usted hubiese visto las cosas tal como estaban, usted misma me habría dicho: "Es preciso retirarse, sin amargura, y sin herir sentimientos". Se lo dije, no dependía ni de él ni de mí, pero de los otros...

Pues son los otros los que nos, malquistaron, prácticamente entre él y yo no hubo un enfriamiento en la amistad.

Consumado todo eso, me dirá usted que era tiempo de comprenderse y consolarse el uno al otro con palabras tiernas y pruebas eternas de mutua estimación (67).

Ni acusaciones ni justificaciones, pero sí imputaciones. La señora Grille de Beuzelin no pidió detalles ni explicaciones; tampoco sugirió lo sucedido entre Chopin y George Sand,

simplemente insinuó que era necesaria la presencia de la escritora para alivio del enfermo (?). ¿Porqué este interés en los detalles? Simplemente para que leyese esta carta, quienes según ella, influyeron en el ánimo de la Sra. Grille de Beuzelin así, sin conocer su situación, George Sand la trataba como a una intrusa, pero además, intrigante, George Sand prefirió no decir lo, pero se cobijó bajo el manto de "madre ultrajada". ¿Quiénes los dividieron? Habría que empezar por ella misma. La primera muestra de la división fue *Lucrezia Florián*, inmediatamente después, el comportamiento de Maurice, Augustine, Lambert, y finalmente, Solange; dos hijos nacidos de su vientre y dos adoptivos, George Sand no habla de los sucesos de 1846; tampoco menciona su última carta a C'hopin y menos las que escribió a la condesa Marliani y Arago. Según ella, el rompimiento de los Clésinger no interesó, como tampoco importaban sus relaciones con Borie. ¡No! ¡No existían justificaciones! Ella era la mujer sin tacha, que todo lo sufría. Recuerda el último encuentro con Chopin:

No deseaba nada mejor. Lo encontré después, le estreché la mano. Parecía rehuirme. Quise correr tras él, volvió de mala gana pero no me habló ni de él ni de mí. Con su actitud y su mirada me demostró su ira, casi odio (68ª).

Después de eso prosiguió con amargas confidencias y espantosas acusaciones en mi contra. Tomé esto como debía ser, como un delirio y, le juro que le perdono todo desde el fondo de mi corazón. Pero, ante este rencor y esta aversión, ¿qué podía hacer de mi parte? Nada.

Por mi cuenta, guardé un silencio de muerte sólo roto para pedir noticias de él, no creo haber pronunciado su nombre después de un año.

Si durante mis breves estadas en París, me hubiese llamado a su lado, habría ido; si me hubiese escrito o hecho escribir una palabra afectuosa, le habría respondido, pero ahora, ¿deseará realmente de mí una palabra de amistad, de perdón o algún interés? Yo estoy pronta. Pero usted me dice, señora que nadie en el mundo sabe del paso que usted ha dado. No es entonces ni él ni ninguno de sus amigos quien lo ha insinuado, pues yo creo que usted no lo conoce personalmente (68).

El encuentro de aquel sábado 4 de marzo de 1848, en la Escalinata del departamento de la condesa Marliani, fue una oportunidad otorgada por el azar. Si George Sand estaba realmente interesada en hablar con Chopin ¿por qué no respondió a sus recriminaciones. ¿Qué o quién le impidió hablar? ¿Sus relaciones con Borie? ¿Acaso lo sabía Chopin? Y, si la recriminó —cosa muy difícil dada la presencia de Combes—, sin duda no le faltaban razones, pero ¿no era más difícil responder? Según George Sand, la actitud de Federico Chopin fue de acoso, incluso en la mirada. ¿Vio la ex- presión *zálica* en los ojos del amigo? Graves debieron ser sus fundamentos para sentirse en este estado. Chopin no tendría nada que temer y por eso George Sand calló, porque era más fácil callar que dar explicaciones.

Perdonar antes que enfrentarse a la verdad; tomar libremente como un delirio las palabras del amigo, ¿qué tenía que perdonar? ¿Qué culpas tuvo Chopin? El que hubiese abogado por Solange y criticado el comportamiento de Maurice, no eran razones para esgrimir el argumento de "madre ultrajada". ¿Que no pronunció más su nombre? Las cartas a la condesa Marliani, Paulina Viardot, su hijo Maurice y Emmanuel Arago, demuestran lo contrario. Por otra parte, George Sand lamentaba que Chopin no la hubiese llamado cuando ella visitaba París. ¿En plena revolución? Sumergida en la euforia revolucionaria, no atendió la boda de Augustine Brault. Mucho antes, no escuchó el llamado de sus amistades cuando, imposibilitado de escribir, Chopin enfermó en mayo de 1847, entonces, ¿a qué llamado se refería? No obstante, la respuesta del momento fue tan absurda, como lo sería posteriormente el abandono a Solange:

[...] estoy muy alarmada. ¿Es verdad, entonces, que Chopin estuvo muy enfermo? [...]. No puedo dejar mi familia en un momento tan parejo [...]. (69).

George Sand no tuvo ninguna resolución para acudir en ayuda del amigo cuando él más la necesitaba y para afrontar la realidad. En esa oportunidad lo había comentado con Grzymala; ahora lo hacía con la señora Grille de Beuzelin. Dice al final de su carta:

No crea usted que pongo en esto la menor soberbia —la soberbia es intempestiva y está fuera de lugar, al lado de un enfermo gravemente amenazado—, pero creo que al escribirle podría causar en él una emoción más peligrosa que saludable. Y después, no sé con qué pretexto le escribiría, pues, demostrarle la inquietud que experimento sería despertar su propia

situación. Ir a verlo esto me es absolutamente imposible en este momento aumentaría, así lo creo, todo el mal. Tengo la esperanza de que vivirá, lo he visto tantas veces como si estuviera a punto de expirar que jamás desespero de él. Entonces, cuando pase el estado de sitio, si puedo ir a París cualquier día, sin exponerme a ser perseguida o apresada, y si desea verme, ciertamente no me rehusaré. Pero en la intimidad de mi conciencia, sé que no lo desea. Hace mucho tiempo que su cariño ha muerto y si le atormenta mi recuerdo, es porque sin duda, en el fondo se reprocha a sí mismo. Si es posible que él sepa que no guardo para él ningún resentimiento, déme los medios para asegurárselo sin riesgo de hacerlo sufrir con una nueva emoción.

Perdóneme por esta larga carta, señora, no podía responder con pocas palabras sobre una situación tan delicada.

Le agradezco el secreto que me promete, pero para mí esto no es un secreto. Es toda una historia muy dolorosa de familia en la que todos mis amigos pudieron apreciar los sufrimientos. La trato como una amiga, usted lo ve, al contarle yo todo esto con tan poca discreción. Es culpa de su atenta solicitud.

Crea, señora, que ella me inspiró un profundo y sincero reconocimiento (70).

Demasiado bien conocía George Sand las reacciones de Chopin como para atreverse a escribirle. Sus palabras no fueron sino el razonamiento de la mujer que se reconoce sin sólida defensa para explicar el pasado; si, en su intimidad, George Sand reconoció que Chopin no quería hablar con ella, no debieron faltarle motivos, sólo así se confirmaría por qué habló con seguridad de la extinción de afecto del amigo. Tales los pensamientos de George Sand, Chopin no olvidaría las cualidades de la ex-amada, sus momentos de afecto y cariño, sus horas de conversación como madre-amante o su paciente atención como *garde-malade*. Las palabras escritas por Delacroix en su *Diario*, o las cartas de Paulina Viardot demuestran que sólo Chopin sabía cuánto amó a la mujer que se negaba salir de sus dominios en Nohant; sólo él, en el fondo de su intimismo impenetrable, conocía sus reacciones; ¿la amaba aún? Intimismo y *zalismo* fueron dos estados impenetrables para George Sand. El orgullo de la escritora era tan fuerte como los álamos de Nohant, que no se doblegaban ante las tormentas; Chopin, en cambio, se mecía como las frágiles ramas de los sauces de Zelazowa Wola y se quebraba como los cipreses de la Cartuja de Valldemosa. Guardaba Chopin en la agenda diaria de 1849, que llevaba consigo, una pequeña bolsa bordada que contenía un mechón de cabellos —variación Musset— que George Sand le enviara en alguna carta (71).

La señora Grille de Beuzelin no respondió.

Julio llegaba a su fin cuando una carta de Grzymala (72) sobresaltó a Chopin. En marzo pasado, cuando su situación económica era insoportable y Franchomme había tomado a su cargo las finanzas del amigo, aún en el *Square d'Orléans*, Jane Stirling se propuso ayudar a su maestro-amigo. Lo hizo de manera anónima. Sin nota alguna, envolvió veinticinco mil francos y, por interpósita persona, despachó el paquete que recibió la Sra. Etienne, portera de la casa. Poco después, Chopin cambió de domicilio. Estaba en Chaillot, mientras el centro de la ciudad sufría la epidemia del cólera. Por descuido, o quién sabe por qué, la Sra. Etienne guardó el paquete en algún lugar de su habitación y olvidó el encargo. Seguramente, en una de las muchas visitas que hizo a Chaillot, Chopin comentaría, hecho extraño en él, la situación económica por la que atravesaba, quizá se trataba de la posibilidad de reiniciar lecciones, aunque también es concebible que alguna de las amigas comentara la situación; lo cierto es que Jane Stirling se comunicó con Grzymala para saber qué ocurría con la economía del músico. Discretamente, Grzymala se lo haría saber y Jane Stirling lo pondría al corriente del paquete anónimo. Cuando Chopin leyó la carta del amigo, quedó estupefacto. La actitud de Jane Stirling lo dejó asombrado.

Luego de haber leído tu respuesta a la carta de ella, se me cayeron las manos y no supe si tomarla a ella por una alucinada, o a su mandadero por un ladrón, o sospechar de la señora Etienne, o considerarme a mí mismo como un desmemoriado o un loco; en una palabra, mi cabeza estaba a punto de estallar. Ella vino a confesarse a mí, pero me contó cosas tan torpes diciéndome que su hermana no estaba al corriente de nada, que hasta tuve que decirle unas cuantas verdades como esta que nadie —a lo sumo de la reina de Inglaterra o de Miss Coutty— podría yo admitir regalos tan generosos, etc. Pero en realidad las cosas sucedieron así, Aquel señor, a quien se le había entregado dicha suma sin que supiera lo que llevaba y que ni siquiera pidió un recibo a la señora Etienne al entregarle esa carta o paquete, se fue a consultar al sonámbulo Alexis. Aquí empieza el drama.

Alexis le dijo al hombre que en marzo, un día jueves (el 8) había llevado papeles muy importantes dirigidos (aquí escribí mi nombre) y que aquel sobre no había llegado a su destino, que el destinatario no lo tiene, que lo entregó en una pequeña habitación oscura a la que se llegaba bajando dos escalones, a una mujer (en la habitación había dos mujeres) y que lo recibió la más alta de las dos que tenía en la mano otra carta que acababa de entregarle el cartero; que luego de tomar el sobre traído por ese señor, le dijo que lo iba a entregar en seguida. Pero, agregó Alexis, la mujer volvió a bajarlo sin habérmelo enseñado y sin que nunca haya yo visto el sobre, Cuando le preguntaron si podría decir lo que había sucedido al sobre, contestó que no lo veía, pero que si le traían cabellos, o un pañuelo o un guante de la persona que había recibido el sobre, podría descubrirlo. La señora Erskine, que estaba presente en la consulta a Alexis) vino ayer a contarme eso y me preguntó cómo podría obtener alguna cosa perteneciente a la señora Etienne para entregárselo a Alexis. Hice llamar a la señora Etienne con el pretexto de que me trajera el Boiste (73ª) y pañuelos y, cuando estuvo, simulando querer librarme de la señora Erskine, le dije que esta señora quería que le diera un mechón de cabellos míos para la sonámbula, curandera de Saint Germain (localidad donde las escocesas viven actualmente, le declaré que si la sonámbula era capaz de reconocer de quién eran los cabellos, es decir los de la señora Etienne, sólo entonces le tendría fe y le mandaría de los míos, pero que estaba seguro que tomaría los cabellos de la persona sana por los del enfermo. Entonces, a mi pedido, la señora Etienne se cortó un mechón de cabellos, lo envolvió y la señora Erskine se lo llevó.

Esta mañana llegaron directamente de casa de Alexis ese mandadero y la señora Erskine, Alexis había reconocido los cabellos como pertenecientes a la persona a quien se había entregado el paquete. Dijo que dicha persona había colocado el paquete sellado en un mueblecito cerca de su cama, que todavía seguía en el mismo sitio, que no se había perdido ni tampoco entregado a su destinatario, ni abierto; que si el mandadero hacía las cosas bien, esa persona le devolvería el paquete, siempre que supiera desenvolverse con cuidado. Así pues, al salir de mi casa a las doce, el hombre se fue directamente al Square d'Orléans, encontró a la señora Etienne sola, le recordó que había venido en marzo para entregarle un paquete a mi nombre diciendo que era muy importante. La señora Etienne lo reconoció y le entregó el paquete que había recibido tantos meses atrás. Los sellos no habían sido tocados y los veinticinco mil francos estaban intactos. La señora Erskine abrió los sellos en mi presencia y en la de aquel señor. ¿Qué te parece? ¡Vaya con el sonámbulo! ¡Ese paquete extraviado desde hacía tanto tiempo y vuelto a encontrar intacto! Sucesos tan singulares ¡son como para reventar la cabeza! Como puedes muy bien imaginártelo, no quise aceptar la donación, y mucho se podría escribir sobre este asunto. Prefiero contártelo en otra ocasión.

Vaya a creer ahora en el magnetismo.

Es una gracia de Dios el haber hallado el paquete. Dejo muchos detalles sin escribir, porque la pluma me quema los dedos.

Y ahora, otra cosa, la princesa Sapieha, Izia y Ladislao partieron hoy para Dieppe. La duquesa de Würtemberg se quedó. La señora Plichta se encuentra probablemente en Varsovia.

Comienzo a dudar de la llegada de mi hermana. No estoy ni peor ni mejor. Te quiero y quisiera verte.

Te abrazo,
Ch. (73).

Además de lo anecdótico del asunto, Chopin no comprendía los extraños efectos producidos por el sonambulismo y magnetismo que el tal Alexis desplegó para encontrar el paquete; empezó por dudar de cuanto sucedió, comentó e indagó y, una semana después, volcó sus comentarios sobre el experimento:

Por lo que respecta a lo que me ocurrió, hay muchos detalles que no puedo conciliar ni con el magnetismo, ni con las mentiras o alucinaciones (señorita Stirling), y la honradez de la señora Etienne. Hasta podría ser que las cosas fueran combinadas posteriormente. Habría mucho que decir, y también que recibí otra carta anónima que entregué en propias manos (74ª). No le dije una sola palabra de todo esto a la señora Etienne, y sigo sin decirle nada, pese a que mañana ya se cumplirá una semana de lo sucedido. La carta puede muy bien haber sido entregada tres días antes, ya que no estaba yo en casa y que ella estaba aquí, y lo mismo se hubiera podido recuperar la carta sin sonámbulo como con sonámbulo. Tanto más cuanto hay coincidencia de varias conversaciones. Entra por mucho el corazón en todo esto 74b, pero también la ostentación. Quisiera verte (74).

A fuerza de ruegos e insinuaciones, de los veinticinco mil francos, Chopin aceptó quince mil, en préstamo (75). Chopin nunca dijo nada a la señora Etienne ni Jane Stirling volvió a comentar el asunto (76). En vista de la ausencia de la mayor parte de sus amistades aunque perdía ya las esperanzas, quiso prever la llegada de su hermana. En posesión del dinero es muy probable que colaborase Grzymala, por quien sufría al no definirse la venta de su reloj; un último intento, suplicó e insistió a arda a quien, a manera indulgencias, con tal de dar fin a este asunto, ofreció años de salud y la protección divina para su hijo:

Grzymala tiene tanta prisa por su asunto del reloj, del cual te habló Cichowski, que me ha escrito para suplicarte, por todos los sostenidos y bemoles que desde que nos conocemos se cruzaron entre nosotros, apurar las cosas. Como ya sabes, costó novecientos francos. Como no puede esperar más, no pretende conseguir dicha suma y me escribe que eventualmente lo puedes vender a menor precio, con tal que se haga pronto. En nombre de nuestra vieja amistad, muévete, querido mío. En cambio Dios ha de proteger a tu varoncito lituano y otorgará cien años de salud a la señora Orda. Mientras tanto, te ruego expresarle mis respetos.

Te abrazo más débilmente que antes, pero siempre con el mismo corazón (77).

Orda hizo lo posible, por su parte Cichowski trató de vender el reloj a través de otros intermediarios pero sus esfuerzos fueron vanos:

Hace dos semanas que no veo a Cichowski. De Virginia [?] no sé absolutamente nada. Orda no ha vendido el reloj; lo entregó de vuelta a Cichowski. Las últimas personas a quienes lo propuso dudaron de la autenticidad; buscaron en los registros de Bréguet sin encontrar mención alguna de él. Tus demás asuntos están seguramente arreglados ahora (78).

Lo que Chopin denomina demás asuntos debió ser su colaboración económica o algún préstamo que consiguió para Grzymala.

Concluida la temporada de exposiciones de arte en París, Clésinger decidió llamar a Solange, para que, con su hija, le acompañase en la ciudad y, ya por tontería o porque efectivamente apreciaba a Chopin, se valió de todos los medios a su alcance para conseguir un departamento próximo a Chaillot para establecerse allí, Chopin, que sufría por su salud, la ausencia de amistades y la falta de noticias relativas a la llegada de su hermana, imposibilitado para cooperar, se molestó:

Clésinger ha traído de vuelta a Solange, después de diez calurosísimos días de viaje, con la nena y el ama, sin dinero y en el preciso momento en que todo el mundo sale para el campo. ¡No sé dónde tiene el juicio este hombre! No tiene cabeza, o mejor dicho la tiene, ¡pero muy mala! De Rozières no está, partió para Bélgica, a las termas con la señora Orille. Solange anda a la busca de una casa; él quiere hallar algo cerca de Chaillot; ida miedo lo estúpido que es!

Con excepción de Franchomme y Herbeault, todos están en el campo. La señora Obreskott está en Saint Germain; viene a visitarme todos los lunes. Tomo agua de Bonnes. Mi hermana no consiguió todavía el permiso para salir; si lo obtiene más tarde, no le servirá de nada, las vacaciones de su marido habrán terminado. Tengo tos y estoy hinchado; no hago nada ni tengo ganas de nada. Ese Alexis no me sale de la cabeza (79).

Se diría que la única alegría que le proporcionó la llegada de Solange a París, fue conocer a la pequeña Jeanne. Si un día amanecía sonriente, con renovadas esperanzas, al día siguiente no tenía fuerzas ni para toser, perdía energías y el mundo se desvanecía ante sus ojos (80). Escupía sangre, pero ya no le importaba. Sólo quería ver nuevamente a los suyos. Raux Deledicque dijo que Chopin sufría un "habitual miedo a la muerte" (81). ¡Al contrario! Vivió con ella en un constante recuerdo, estimulado por los seres queridos que se le anticiparon; a alguno de ellos, como su hermana Emilia o Matuszynski, los vio en su lecho de muerte; otros, como su padre o Bialblocki, a quienes no volvió a ver, los amó profundamente y siempre los recordó. La imagen de la muerte fue para Chopin tan familiar como la enfermedad que sufría todos los días. Su intuición fue más allá de cuanto podría imaginarse hoy. Conocía muy bien lo que para el cristianismo significa la muerte. Aunque no practicaba la religión, Chopin fue profundamente católico. En agosto de 1848, en carta a su amigo Fontana, anticipó el significado del silencio que para él representaba la muerte y la describió como la sentía, poéticamente:

Por lo que respecta a ti, te has de volver completamente calvo y te inclinarás sobre la losa de mi sepulcro como lo hacen los sauces en nuestro país [...] (82).

Su preocupación no fue la muerte en sí, sino la sentida necesidad de la presencia de los Jedrzejewicz, de ver a Grzymala a quien no podía visitar; de sentarse al piano para continuar y perpetuar la vida a través de su obra.

Tenía por entonces una *Mazurka* (83) entre manos. Terminado el bosquejo le faltaron fuerzas para revisarlo; escribió algunas otras cosas; con ninguna estuvo conforme. Las destruyó, pero no le abandonó el deseo de seguir trabajando. Los nervios lo traicionaban, la angustiada espera por ver a los suyos lo envolvía en recuerdos. Las artes recobran siempre su impulso cuando se restablece la tranquilidad (84); le había dicho Nicolás Chopin hacía algún tiempo, pero entonces le fue imposible recobrar los impulsos, no tenía paz ni consigo mismo ni con el mundo que estaba políticamente revuelto; aún habían señales del cólera en la ciudad y, finalmente, sufría las insistentes arremetidas de su mal.